

ralizará el servicio, me decía un pobre liberal de buena fe al día siguiente del choque de Cerro-Negro.

Y tenía razón.

NI TANTO NI TAN CALVO...

¿Pescará?

No lo sé.

Yo he visto de niño á los pescadores poner anzuelos á los peces, y he visto, ya de hombre, á los editores y empresarios poner anzuelos al público.

Pero siempre los he visto poner disimulados.

Ahora los pescadores creo que siguen poniéndolos como antes; pero los empresarios y editores parece que han simplificado el sistema, y sin molestarse como aquéllos en remedar con plumas y sedas de colores alas y cuerpos de mosquitos, presentan el anzuelo desnudo.

Sin duda por haber llegado á formarse mucho más baja idea del talento de los peces... urbanos.

Lo digo porque acabo de ver el anzuelo que un apreciable periódico de la noche tiene al público de Madrid para llevarle á ver el estreno de una novela del Sr. Pérez Galdós,

que se va á representar en el teatro de la Comedia.

Y... francamente, eso ya no es echar un anzuelo; es echar el alto... ó pedir limosna.

Veán ustedes el artefacto:

«Aunque *todo el mundo ha leído* la novela de Pérez Galdós que lleva este título (*Realidad*), y todos conocen, por tanto, el argumento del drama que *será estrenado* dentro de pocos días.....»

Bueno. En primer lugar eso es una exageración. No todo el mundo ha leído la novela. Por el contrario, creo que la leyó muy poca gente. Y recuerdo que los críticos amigos del autor, para explicar aquella indiferencia del público, sin confesar que la novela era, como ahora se dice, una *lata*, dijeron que no podía apreciarse el mérito de *Realidad* sin leer al mismo tiempo *La Incógnita*, de la cual era continuación, no precisamente á lo largo, sino á lo ancho; que las dos novelas se completaban paralelamente... con otras cuantas vaguedades de esas que los escritores de ingenio inventan cuando no tienen razón y defienden mala causa.

Quedamos, pues, en que no todo el mundo ha leído la novela; y si no, aquí me tienen ustedes á mí que, formando parte del mundo, tengo el gusto de no haberla leído... Vamos, de no haber leído de ella más que el capítulo que publicó un periódico para muestra.

Y como aquel capítulo, que diz que va á ser una importante escena del drama, era precisamente un coloquio entre una ramera y un perdulario, coloquio que, por otro lado, no tenía nada de notable más que lo inverecundo de la cosa, no me tomé el trabajo de leer el libro.

¿Para qué le había de leer?

Leí por sorpresa la *Cristiana*... falsificada de doña Emilia Pardo Bazán, donde hay otra escena parecida, la de aquel *tío* que dice á un sobrino estudiante en un día de satis: *Ven, que te llevaré á ver género fino*; y le lleva á casa de unas amigas suyas... y de todos. Desde entonces, ya sé lo que se puede encontrar en ciertos libros, y no los léo; porque ciertas desnudeces, leídas una vez (y mejor es no leerlas ninguna), ya después no ofrecen novedad: siempre son lo mismo.

Esas cosas podrán agradar á los que tienen gusto extravagante ó no tienen gusto; á los que, como la misma doña Emilia, elogian las novelas de Polo y Peyrolón (agua de borrajas), y las de Tolstoi (guindilla extremeña); pero á los que, gracias á Dios, conservamos idea de lo bello, y regular gusto artístico y cristiano, no nos agradan.

Volviendo al anzuelo, fíjense ustedes:

«*Acto primero*.—Por esta razón (por la necesidad de suprimir personajes) en el primer acto aparecen sólo en la comedia (*hace poco*

era drama) Cornelio Malibrán (Balaguer), Villalonga, (Montenegro), Aguado, *el Catón ultramarino* (Calle), Manolo Infante (García Ortega), el simpático Diputado, primo de Augusta, y por último, Federico Viera (Thuller), único adorador de aquélla que logra ser correspondido».

¿Conque sólo aparecen esos?—diran ustedes. — ¡Pues si llegan á aparecer los otros!.....

Después de decirnos que el despacho de Orozco tiene varias puertas, añade:

«Las siete primeras escenas de la novela han quedado reducidas á pocas palabras, *sin que por ello hayan desaparecido los detalles de fina observación* (ya pareció la *observación*) que se admiran en ella, ni el encanto de aquella tertulia tan verdad».....

¡Cosa más rara! Desaparecen en el drama las primeras escenas de la novela y no desaparecen sus detalles... Ni siquiera «el encanto de aquella tertulia tan verdad en la que todo se habla y todo se comenta *con la gracia y ligereza que pueden observarse en los salones distinguidos de la corte*».

Este último toque del reclamo se dirige á la curiosidad de las señoras. ¿Iran éstas á ver el drama? Si han leído la novela, ó leen el reclamo, no van, de seguro.

Y continúa:

«La rápida escena entre Augusta y Federico Viera, su amante, aparece en la comedia

sin grandes alteraciones (¡bien hecho!) y otro tanto ocurre con la de Augusta y Orozco, su marido».....

Pero ahora viene lo mejor: atiendan ustedes:

«En este acto vestirá la señorita Guerrero un precioso traje de recepción de color oscuro y *cuerpo algo abierto*, confeccionado, lo mismo que los demás que ha de lucir en la obra, por el *modisto* Besançon».

Esto me parece que ya es el colmo del reclamo.

¿Se puede echar más descubierto el anzuelo?

¿Qué fe tendrá el que haya compuesto el aparato piscatorio, qué fe tendrá en la bondad artística de la obra, cuando cree necesario anunciar que una actriz, ya de suyo hermosa, saldrá bien vestida y un poco escotada?

Si Ayala y Eguilaz levantaran la cabeza; si aquellos autores que llenos de buena fe se propusieran hacer del teatro escuela de costumbres, volvieran al mundo y leyeran estos carteles y vieran que el mérito de las obras dramáticas se hace consistir en dar ocasión á que un *modisto* anuncie sus *confecciones*... ¿qué dirían?.....

«Acto segundo.— Al levantarse el telón aparece un lujoso gabinete en casa de la Peri (señorita Martínez), que vestirá una lujosa bata encarnada con adornos negros».....

No se dice de qué modisto, pero se añade: «Han sido suprimidas todas las escenas en casa de Viera, limitándose el autor á escribir una nueva escena en casa de la Peri, en la que aquél cuenta á Infante lo ocurrido con su hermana, que se ha fugado con Santanita».

«Queda sin grandes alteraciones la escena entre Federico Viera y la Peri, en que aquél acepta, en vista de su situación apurada, el socorro que la última le proporciona»...

«Cae el telón por breves minutos, y al levantarse de nuevo aparece una habitación amueblada con descuido... Es en la que celebran sus entrevistas Augusta y Federico Viera»...

¡Dios mío! ¿Pero estará uno soñando?... La Peri... la casa de la Peri... escena entre Federico y la Peri... la casa en que celebran sus entrevistas Augusta (una mujer casada) y Federico Viera... escena entre «esta mujer extraordinaria que *detesta la regularidad en la vida*»... ¿Estará uno soñando ó es verdad que todo esto se anuncia al público para que vaya á verlo?

«Acto cuarto.—Las principales escenas de este acto son entre la Peri y Federico (*por variar*), entre éste y Manolo Infante, quien le refiere lo contado en el Casino por Malibrán; es decir, sus relaciones con Augusta... *Viera confiesa todo á Infante*»...

Así, en correcto francés, para que la literatura del reclamo esté á la altura del objeto.

«Viera confiesa todo á Infante: sus relaciones con Augusta, su desesperada situación...

»También son importantísimas en este acto la escena entre Orozco y Viera... y la escena con Augusta, la más dramática de la novela, que termina con la muerte de Federico».

Acto quinto.—Concluye el drama lo mismo que la novela, con un monólogo de Orozco, en el que se revela la grandeza de alma de este hombre extraordinario (¿por su *conformidad?*), creación hermosísima... etc.

«Durante este monólogo (sigue el anzuelo) aparece, como en la novela, la imagen de Federico Viera. ¿Hablará como en ella, ó se limitará á aparecer ante Orozco? No podemos aún decirlo, por la sencilla razón de que lo ignoramos».

Esto no puede ser verdad. El que ha compuesto ese reclamo y sabe hasta los trajes que van á sacar las actrices y quién los ha hecho, no puede ignorar si hablará un personaje.

Lo que hay es que ha querido dejar al público en la curiosidad de si hablará ó no, para que vaya á verlo.

Ahora, que al público se me figura á mí que no le ha de importar gran cosa que la figura hable ó no hable.

Después de haber visto que hablan ciertos personajes políticos...

Ultimo golpe:

«Sabemos únicamente que se ha encargado de producir la sombra, por el mismo procedimiento que emplea para las transformaciones de *Dafne*, el señor Aycardi.»

Lo cual es un aliciente como otro cualquiera.

Tal es el anzuelo presentado al público.

¿Pescará, como dije al principio? (1).

No lo sé, vuelvo á decir ahora. Pero, pesque ó no pesque, el tal anzuelo da muy triste idea de lo que ha llegado á ser entre nosotros el arte.

Pase que se recomienden las obras; pero... ni tanto ni tan calvo...

(1) No pescó gran cosa. La obra, además de ser inmoral, resultó aburridora en extremo. Así lo dijeron con bastante claridad *El Liberal*, *El País* y algunos otros periódicos que no quisieron engañar á sus lectores, sino manifestarles la verdad honradamente. Por eso, á pesar de las mentiras de otros críticos y *críticas* empeñados en salvar la obra, á la tercera noche estaba ya el teatro casi desierto. Gracias á Dios, todavía no hay mucha gente que quiera ir al teatro á enterarse de cómo hablan las rameras con los perdularios, ni á oír que el suicidio es un signo de grandeza moral y otras enormidades por el estilo.

LOS DESCUBRIDORES.

Los hay de dos clases.

Unos descubrieron continentes ó islas, y otros descubren las faltas de los que descubrieron las islas y los continentes.

Aun dentro de esta segunda clase, la variedad de aficiones anda cerca de ser infinita.

Á unos les da, como digo, por descubrir faltas de conducta ó deficiencias de entendimiento en los personajes que estaban disfrutando pacíficamente la admiración, el respeto y la gratitud del mundo.

Á otros les da por quitar á este ó á aquel autor la paternidad de sus obras.

El más circunspecto no se contenta con menos que con negar media docena de tradiciones universalmente recibidas.

El que no lo es tanto, niega la existencia de cualquier personaje histórico que le estorbe para sus fines particulares.

Mas á pesar de lo variado de las aficiones, todos tienen una característica común: la modestia.

Una modestia especial que á cualquiera de ellos le lleva á creer de buena fe que, antes de que él viniera al mundo, nadie conoció nada, ni nadie entendió nada, ni nadie supo nada de provecho.

Tienen la aspiración constante y la ocupación ordinaria de reformar, de innovar y de deshacer las cosas; pero es porque creen firmemente que están mal hechas.

Son una especie de nihilistas literarios de buena intención, sin explosiones... Vamos, sin más explosiones que las del entusiasmo con que mutuamente se aplauden y se animan.

Á raíz de uno de sus portentosos descubrimientos, la generalidad de la gente se queda perpleja y asustada, como diciendo: ¡Si será verdad!

Porque, bien mirado, ¿qué interés habían de tener en decirlo si no lo fuera?...

Pero luego, más tarde ó más temprano, suele venir la reacción; es decir, el contradescubrimiento. Porque nunca falta un hombre estudioso y sin pasiones de secta que se dedique á poner en claro el asunto y dé al traste con las invenciones.

No por eso el descubridor se desanima; eso no. El verdadero descubridor, el descubridor genuino, de raza, si le cogen en una, inventa otra; y como él se proponga probar algo, lo prueba... á su modo... ¡Vaya si lo prueba!

También hay descubridores de segunda impresión, que se dedican á descubrir los descubrimientos de los demás.

Estos tienen de malo, ó si se quiere de peor, que les suelen llegar las noticias con retraso notable.

Hace poco andaba un periódico librepensador descubriendo entre nosotros los descubrimientos de los enciclopedistas franceses contra la Santa Biblia, cosa de medio siglo después de haberse hecho los contradescubrimientos correspondientes y de haberse probado que los descubrimientos antibíblicos de los filósofos del siglo pasado fueron pura panema.

Así, por ejemplo, el profeta Isaías habla de un Rey asirio llamado Sargón, del cual no se hallaba noticia alguna en la historia profana.

Los enemigos de la Biblia descubrieron que el tal Sargón no había existido, que era una de tantas mentiras de los libros sagrados.

Mas hoy todos los asiriólogos conocen una colección de documentos cuneiformes llamada *Fastos de Sargón*, porque este poderoso Monarca, como si hubiera presentado la ligereza de los descubridores, tuvo cuidado de hacer escribir su historia en piedra.

Un apreciable catedrático de nuestra Universidad central descubrió hace ocho años en

un discurso de apertura la existencia de otro Adán... negro.

Pero no fué esta la más negra; sino que, puesto á descubrir, descubrió también que Asurbanipal (Sardanápalo) era un *mito* bíblico, y esto muchos años después de haber escrito Smith la *Historia de Asurbanipal*, con todos sus pelos y señales.

Y descubrió asimismo que Sesostris, ó sea Ramsés II, el Faraón que oprimió á los hebreos, no es más que una *personificación*...

Este apreciable catedrático, que también llama *pretendido* al diluvio, me hace el efecto de una lugareña bien acomodada que, antojándosele venir á Madrid en la primavera próxima y queriendo venir vestida de señorita, tropezará por casualidad con un figurín de *La Moda de Cádiz* del año de la guerra de Africa, y poniéndose, con sujeción al figurín, un miriñaque enorme, se presentará con él en el paseo del Retiro.

¡Vamos, que descubrir hoy día que ha sido un *mito* Sardanápalo!

¡Y descubrir que no ha sido más que una *personificación* Sesostris... cuando se sabe hasta la razón de haberle llamado así los griegos!...

Porque, efectivamente, un amigo mío acaba de descubrir que los griegos llamaron Sesostris á Ramsés II porque todos los días se desayunaba con seis ostras.

Un francés (porque también hay descubridores en Francia) descubrió un día que el libro de la *Imitación de Cristo* no era del venerable Tomás de Kempis, sino del Canciller Juan Gersón. El descubrimiento hizo fortuna entre los franceses, y por muchos años pasó allá como cosa corriente que el venerable Tomás de Kempis no había sido más que un mero copista... Sin reparar en que dejó escritos otros varios opúsculos del mismo estilo.

Otro descubridor italiano, por no ser menos, descubrió que el devoto libro tampoco era de Juan Gersón, ni había sido escrito en Francia, sino en Italia, por un abad llamado Gersenio...

Poco después se descubrió y se demostró que el abad Gersenio no ha existido, y que Gersón, aunque existió, no pudo escribir el libro. De modo, que hoy todas las personas de juicio han vuelto á creer que el precioso libro de la *Imitación de Cristo* es del venerable Tomás de Kempis.

Por mucho tiempo se creyó (y yo lo creo todavía) que Rioja era el autor de la canción á *Las ruinas de Itálica* y de la *Epístola moral* que llevaba su nombre.

Los descubridores han querido despojarle de ambas obras.

¿Con qué fundamento?

Con cualquiera; con el de encontrar, por

ejemplo, una copia de la *Epístola moral* suscrita por Fernández de Andrada, como podía estar suscrita por Fernández Villaverde.

—¿No le parece á usted—me decía poco hace, á este propósito, mi ilustre amigo don Ramón de Campoamor—no le parece á usted que, á pesar de todo lo que dicen, es realmente de Rioja la *Epístola moral*?

—Tanto me lo parece—le contesté—como que encuentro imposible que la *Epístola moral* no sea del mismo autor de la silva á *La rosa*.

Si la raza de los descubridores no se acaba, tengo por seguro que dentro de dos siglos ó tres saldrá uno descubriendo que la *Divina comedia* no es del Dante, sino de José María Carulla, porque habrá encontrado una carta de Pepito al Obispo de Segorbe, diciéndole:

«Ahí le envío á su ilustrísima un ejemplar de mi *Divina comedia* (así diz que llama Pepe á su endiablada traducción de la gran trilogía), para que su ilustrísima se digne manifestarme si es de su agrado.»

Con motivo del Centenario de Colón, se están descubriendo cosas peregrinas.

El que era tenido por un ser vulgar y muy poco diferente de un mentecato, resulta á lo mejor un prodigio de sabiduría.

Quien pasaba por cumplido caballero y casi por santo, aparece *descubierto* como verdadero diablo en carne humana.

Y todavía no lo hemos visto todo.

Porque muy pocos meses faltan para que llegue el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo; pero ó mucho me equivoco, ó no han de pasar esos pocos meses sin que se descubra que Colón no ha existido.

Es decir, que es otro *mito* como Sardanápalo.

Hace pocos días fuí yo á ver á un descubridor amigo particular mío, bastante sabio y enfermo de diabetes.

—¿Qué trabaja usted?—le dije.

—Aquí estoy concluyendo—me contestó—una conferencia que tengo que leer en la Academia de los Chismes, para probar que no existió Fernando VII.

—¡Hombre! atrevidilla me parece la cosa.

—Pues lo tengo perfectamente probado.

—Y, ¿cómo explica usted, entonces, el verso aquel que dice:

Quando Fernando Sétimo
Gastaba paletó.....?

—¡Ay, amigo! tenía previsto ese argumento, y resuelto de una manera satisfactoria.

—¿A ver, á ver?

—Sí, señor. Ha de saber usted, que ese Fernando no era Fernando VII. El Fernando de que habla la copla era un Fernando cualquiera que *se timaba* con la vecina de enfrente; y por eso la copla en su lección genuina, dice:

Cuando Fernando *se timó*
Gastaba paletó.

Esta es la versión verdadera, tal como se ha encontrado entre las cartas de una criada de un jefe de alabarderos, la cual tuvo un novio asistente y después se tiró por el Viaducto.

LA HIDRA.

No se trata del Gobierno-conjunción que disfrutamos, ó viceversa.

No, en verdad... Y no es que no tenga el tal Gobierno puntos de semejanza con la fabulosa serpiente, como, por ejemplo, el estar aniquilando al país y el tener nueve Ministros, ó dígase nueve cabezas, que son las que algunos autores atribuyen á la hidra, por más que la general opinión no la concede más que siete... Pero no se trata del Gobierno.

Tampoco se trata del partido conservador liberal, y eso que también tiene algunas propiedades comunes con el enorme reptil del Peloponeso; verbigracia, la voracidad, la afición á vivir en el charco y la facilidad con que le nacen cabezas, como Silvela, Romero, Martínez Campos, Pidal, Elduayen, ecétera, no ya cuando se le corta una, como á la hidra, sino en cuanto se piensa en la mera posibilidad de cortársela; es decir, de jubilar al señor Cánovas del Castillo.